

cerca de las orillas

lejos de los museos

La aparición de PROA


Nuestros
Teléfonos
Públicos
salvan
vidas
acortan
distancias
Cuidarlos
es tarea
de todos.
0800-333-3433

lejos de los museos

cerca de las orillas

La aparición de PROA

La irrupción, en 1996, de Fundación Proa determinó una doble innovación. En primera instancia, el programa de exhibiciones y actividades artísticas promovido por la Institución renovó la agenda expositiva de la ciudad de Buenos Aires y de la Argentina, colaborando en el acercamiento de muestras y proyectos artísticos en consonancia con los circuitos internacionales más prestigiosos del mundo. A su vez, el emplazamiento de la Fundación en el barrio de La Boca y las condiciones arquitectónicas de su edificio, desviaron el camino del medio del arte local, aportando un espacio apto en su infraestructura para alojar propuestas de alto valor internacional. Lejos de las salas clásicas, entonces, estos elementos forjaron una alianza indisociable entre los contenidos presentados y la forma de presentarlos.

Proa funciona sobre la base de lo que fue la residencia del almacenero italiano Don Cirilo Dallorso, oriundo de Chiavari. Dallorso, propietario junto a sus hermanos del local *Don Pichinin,* generó allí, a fines del siglo XIX, un verdadero punto de encuentro social. No es casual: el edificio enmarca la famosa *Vuelta de Rocha* y según la documentación histórica, es posible que allí se haya iniciado también la fundación del Banco Italiano,



abierto en 1887. En la planta alta del edificio, se encontraba la vivienda familiar, compuesta de un vestíbulo, un patio, una sala, un comedor, un escritorio y varios dormitorios. Abajo, además, funcionaba una ferretería y un almacén naval.

La mezcla fue siempre el eje central de La Boca: la mixtura de los habitantes con los inmigrantes forjó una singularidad vigente todavía hoy. Los flujos sociales del barrio fueron construyendo modos de representación visual lindantes con la vanguardia: La Boca siempre tuvo murales, talleres de artistas, vida bohemia y participación social. A lo largo del siglo XX, la zona reforzó esta identidad y la instalación del Museo Quinquela Martín –que, emulando a la famosa academia multidisciplinaria alemana Bauhaus, nació también como

escuela y casa– contribuyó al proceso: en su seno, vecinos y público en general recuperan la fuerza del trabajo artístico colectivo y abierto. La intervención de la fachada por parte de la gente es un claro ejemplo. El edificio es, además, una verdadera muestra de la innovación propia de la zona, ya que su estructura permite imaginar el impacto que tuvo su construcción y su apertura en 1936, cuando las formas vanguardistas que el lugar toma del Movimiento Moderno Internacional encontraron en la paleta de colores propia del artista un sesgo único. Ilusión, viaje, cambio, comercio, navegación, promesas, colores saturados del lado de acá y del lado de allá: verdadero nexo entre el mundo y el país. Un camino (o un *caminito,* justamente) nuevo. La Boca siempre fue vanguardia.

Proa se inscribe en esa línea y construye un presente comprometido con ese pasado. Homenajeando con su nombre a la emblemática revista y editorial que a comienzos del siglo XX albergó a varios escritores con ánimo de cambio (*Proa,* la publicación que editó, entre otros textos, los primeros poemarios y ensayos de Jorge Luis Borges), la Institución repite con su denominación la intención de abrirse paso (como la parte delantera de un barco) en el mundo del arte.

Las características italianizantes del edificio de Dallorso comenzaron a ser modernizadas a partir de un cuidadoso trabajo encarado por el estudio italiano de los arquitectos Giuseppe Caruso y Agata Toricella, expertos en espacios museísticos. El objetivo básico del primer proyecto fue preservar las peculiaridades de las construcciones originales del predio, considerar la zona e incorporar la tecnología necesaria para las actividades expositivas. Por ende, en lo que respecta a la cara externa del edificio, el proyecto respetó la fachada clásica. En el interior, el trabajo apuntó en principio a la recuperación de las columnas de fundición de la planta baja y al reacondicionamiento de las salas. Los altos estándares expositivos que –en materia de luz, temperatura, seguridad, sanitarios y accesos para personas con capacidades diferentes– pasó a tener el predio beneficiaron a todo el circuito artístico de la ciudad. El barrio de La Boca sumó así a Proa a su dinámica diaria, estableciendo con la Fundación un diálogo fructífero. En ese sentido, Proa siempre buscó ser un espacio de expresión para los habitantes de La Boca y para los de toda la ciudad, organizando una programación que sepa atraer al público especializado tanto como al resto de la ciudadanía. Con un programa anual de exhibiciones temporarias y la organización de seminarios, cursos, conferencias y conciertos, Proa devino punto de referencia ineludible en materia artística. Su programación se centra en la difusión de los grandes movimientos artísticos del siglo XX e incluye una diversidad de propuestas más ligadas a la actualidad, como la fotografía, el video, el diseño y la música electrónica. Y como parte de su razón de ser fundacional, la Institución desarrolla programas de educación y de intercambio con prestigiosas instituciones culturales del país y del mundo.

Junto a otros agentes del barrio, Proa encaró los festejos de los 10 años de existencia iluminando el Puente Transbordador Nicolás Avellaneda, en franco reconocimiento y homenaje a La Boca y su gente. Redescubrir ese signo de la ciudad a través de una nueva mirada fue el propósito de la acción promovida por los artistas Gonzalo Córdova y Horacio Pigozzi, que diseñaron una instalación lumínica especial, verdadero juego de colores. De esta forma, a lo largo de tres noches, el público se acercó y pudo observar la belleza de la luz reflejándose en el río e iluminando el barrio en todo su esplendor. Esta acción logró señalar el monumento y destacar su importancia histórica y representativa dentro del puerto, a la vez que supo incentivar una apreciación diferente. Claro que llegar a esa instancia significó un primer período de esfuerzo e intensidad.

Pero antes, la Institución dedicó su tiempo a respetar su esencia. La historia de sus muestras y actividades es una cabal demostración de ese respeto. Proa programa su acción conforme una estructura capaz de hacer converger en sus salas todos los órdenes que desde hace décadas resultan insoslayables para una Institución dedicada al arte que se precia realmente de tal.
Por eso, cada año, la Fundación presenta un esquema de exposiciones basado en una exhibición histórica internacional; otra de arte argentino con sentido igualmente histórico y de recuperación; una exhibición de arte latinoamericano; otra de arte joven contemporáneo internacional y finalmente una de arte joven experimental. Las relaciones con Italia –referencia total del arte de todos los tiempos– y con México –sede central de la tradición artística latinoamericana– han atravesado desde siempre ese esquema.








MARCEL
DUCHAMP
UNA OBRA QUE NO ES UNA OBRA «DE ARTE»

Las exposiciones

En 1996, Proa inaugura con una gran exhibición del maestro mexicano *Rufino Tamayo:* un primer impacto que determinaría su desafío futuro. Ese mismo año, la exposición *Pinturas de contaminación y olvido* presentó un conjunto de paisajes pictóricos referidos al barrio de La Boca y al Río de La Plata del artista argentino Rómulo Macció, iniciando una serie de acciones tendientes a albergar en la sede formas de representar el río y sus zonas. Y la exhibición *El Trabajo y el Arte,* realizada en conjunto con la Academia Carrara de Bergamo, realizó un recorrido por toda la producción del notable artista Mario Sironi. Más adelante, la muestra *Las Artes y la Arquitectura Italiana en la Argentina* presentó los aportes realizados por los inmigrantes italianos, otro gesto histórico que puso en diálogo constelaciones de imágenes capitales para nuestra cultura. Luego vendría *Experiencias '68,* un hito en la historia de Proa. Durante el mes de mayo de 1968, un grupo de artistas construyó la exhibición homónima en el mítico Instituto Di Tella. La censura a una de las obras por parte del gobierno militar produjo una adhesión instantánea del resto de los creadores, quienes decidieron destruir la totalidad de sus trabajos expuestos. Treinta años después, entonces, Proa reconstruye ese mayo del '68 y, con ello, una de las muestras más paradigmáticas del arte argentino. 1999 abrió con la exhibición *Caminos sagrados,* que hizo visible la Colección Arqueológica de la Cancillería Argentina: un notable grupo de piezas que describen la vida y las costumbres de los pueblos originarios del nordeste del país. La *Colección Jacques y Natasha Gelman de Arte Mexicano* presentó obras de las distintas tendencias plásticas mexicanas, desde 1930 en adelante, con trabajos de Diego Rivera, Orozco y Siqueiros, Kahlo y Tamayo, entre otros. Ya en 2001, la exhibición *Imágenes del inconsciente* alojó obras de cinco artistas de la ciudad de Río de Janeiro, todos ellos pacientes con padecimientos psíquicos, evidenciando el trabajo del Museo del Inconsciente, cuyo patrimonio está compuesto por el aporte de obras realizadas en los talleres creativos de varios hospitales. La muestra *Diego Rivera* ofreció un inédito por toda la producción del maestro del muralismo mexicano. Proa albergó también *Giuseppe Verdi. Escenografía y vestuario,* conmemorando el centenario de la muerte del autor. Escenógrafos y especialistas en vestuario operístico recrearon trabajos del



artista y el resultado fue una extraordinaria exhibición que presentó los diferentes aspectos de la obra verdiana a lo largo del tiempo. En diciembre, *Sol Le Witt* fue invitado a intervenir el espacio con la realización de sus famosos *wall paintings* o pinturas murales. Le Witt realizó seis obras que invadieron las superficies de las salas. Los colores de la Boca fueron la base fundamental para el diseño de las pinturas. En 2002, *Hijos del viento* (una selección de la Colección Eduardo P. Pereda que reunió sorprendentes adornos femeninos de plata y de chaquiras, textiles como ponchos y fajas) y Christiano Junior (más de 70 fotografías del autor, de un inestimable valor documental) fueron dos exhibiciones de carácter nacional e introspectivo en las que se articularon diferentes miradas sobre el siglo XIX. Y la muestra *Mario Merz* recorrió la obra de uno de los fundadores del movimiento italiano *Arte Povera. Arte Abstracto Argentino Escenas de los '80. Los primeros años* conmemoró el 20º aniversario de la recuperación democrática. A veinte años del inicio del movimiento, La transvanguardia italiana, con cinco artistas que impactaron en la escena internacional, volvió a privilegiar el sentido de aporte de muchas acciones culturales de Proa. Las obras del artista brasileño *Cándido Portinari;* la exposición *La Magia de la risa y el juego en el arte prehispánico de Veracruz* presentó por primera vez en América fuera de México una Cabeza Colosal Olmeca. *Culturas del Gran Chaco; Rosemarie Trockel; Jesús Rafael Soto,* precursor del cinetismo; la exhibición *La Ciudad y el Río* –un recorrido por las primeras imágenes del río–.

Tras su remodelación, en 2008, Proa celebra su décimo aniversario acercando una exposición memorable. *Marcel Duchamp: una obra que no es una obra "de arte",* fue una excepcional muestra del artista francés Marcel Duchamp (1887-1968), curada por Elena Filipovic. Verdadero acontecimiento acompañado por un catálogo integral y numerosas actividades paralelas, entre las que cabe subrayar un coloquio internacional, el evento significó para la Fundación la posibilidad de retomar su historia y proyectar su futuro. Le seguirían la muestra *Libros de artista de la Colección Luigi Pecci,* una muestra con la Colección Centro per l'arte contemporaneo Luigi Pecci, Prato, que permitió explorar las diversas variantes del libro de artista como una expresión artística en sí. *Espacios Urbanos* propuso analizar la transformación del concepto de ciudad en la cultura contemporánea a través de las ideas e imágenes producidas por cinco fotógrafos alemanes, integrantes de la denominada Escuela de Düsseldorf; y la gran muestra *El tiempo del arte,* que acercó verdaderas obras maestras de los siglos XVI al XXI, curada por Giacinto Di Pietrantonio, profesor de arte y Director de la Galleria d'Arte Moderna e Contemporanea di Bergamo. Este año, Proa inauguró *El Universo Futurista. 1909-1936,* un recorrido intenso y riguroso por las multiplicidad de propuestas artísticas de la vanguardia más completa y abarcativa del siglo XX. Compuesta por más de 240 obras del Museo de Arte Moderna e Contemporanea de Trento e Rovereto, y curada por la directora de esa institución, Gabriella Belli, *El Universo Futurista* logró transformarse ya en una cita histórica, contribuyendo con numerosos ámbitos académicos y actualizando el gesto de un movimiento artístico único.


hasta que el
hilo rojo de
la experiencia
nos una






DUCHAMP
PRDA MARCEL DUCHAMP





Dinámica y razones de un cambio

En todo este tiempo, la zona en la que Proa eligió emplazarse, fue modificándose, en un movimiento de crecimiento y apoyo mutuo entre el barrio y la Institución. Antes de la radicación de Proa, no estaban hechas las obras de saneamiento de las inundaciones y, por ejemplo, no existía una pasarela por donde pasear en la ribera. Hoy, La Boca es uno de los pocos lugares de la ciudad que no se inunda. El incesante crecimiento de la actividad turística desde mediados de la década del 90 hasta hoy contribuyó a este proceso.

Así fue entonces, de cara a su primera década de vida, Proa comenzó las gestiones para que el Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires aprobara la ampliación de la sede. La Fundación logró así comprar los inmuebles linderos a la casa Dallorso, alcanzando 4 salas de exposición, una biblioteca y librería especializada, un auditorio para cine, video y conferencias y una confitería en el último piso. La nueva librería, especialmente abocada a libros de arte y estratégicamente ubicada en el centro del edificio, cuenta con cómodos espacios de lectura y alberga también material de editoriales independientes. La inclusión de una confitería, conjuntamente con la modificación de la terraza, instauró un reducto de reflexión y esparcimiento, coincidente con la intensidad de la experiencia que la Fundación busca significar en cada uno de sus asistentes.

Claro que estas modificaciones no son casuales. Por el contrario, acompañan los virajes que la noción de arte adquiere en la actualidad. Esos cambios pueden sintetizarse en la incorporación de disciplinas ajenas al arte que ahora también abordan la problemática de lo visual desde muchos puntos de vista. El siglo XXI está convirtiendo a los centros de arte y museos en lugares que, además de espacios de exhibición, son sitios para la recepción de un público masivo y heterogéneo. Si a finales del siglo XX los museos fueron dramáticamente elevados a la estatura de catedrales –a través, sobre todo, del trabajo de la arquitectura contemporánea– en el siglo XXI los museos y centros de arte intentan reflejar, en su diseño, la pregunta sobre el destino del arte hoy. En este orden, la incorporación de un auditorio es de capital importancia: las herramientas digitales y audiovisuales son puestas, de esta forma, al servicio del necesario ejercicio de reflexión que la problemática artística despierta. La aparición del auditorio fue de capital importancia, ya que permitió y sigue permitiendo la realización de coloquios, congresos, presentaciones, charlas. A su vez, el lugar es utilizado también como espacio expositivo, ya que permite proyectar video y material audiovisual en alta calidad. Los espacios son ahora objetos constitutivos de la idea de arte. Por eso, la remodelación sumó la vereda y las superficies de vidrio de la fachada, de manera tal que la función específica de un centro de arte contemporáneo –que es la de ser un edificio público con vocación de experimentación– se vea satisfecha. Proa es, ahora, un todo: espacio abierto, de receptividad y bienvenida. Sin fronteras férreas entre el exterior y el interior. Predio vidriado a modo de pantalla de retroproyección. Museo transparente, interactivo, que invita a una generosa visibilidad de sus contenidos. La memoria y el respeto al pasado, pero también tecnología. La idea fue que todos pudiesen reconocer lo ya conocido y al mismo tiempo, permitirse ingresar a un mundo desconocido, amable en sus formas. Proa se alinea, así, al multiculturalismo y la diseminación de perspectivas individuales que atraviesan actualmente todos los ciudadanos del mundo. Alimenta y nutre las industrias culturales más avanzadas del mundo contemporáneo. Los centros culturales más destacados incuban novedades que no sólo tienen que ver con el arte. De allí que todos los sectores del nuevo edificio de la Fundación admitan variados usos. Y el vidrio agitando una multiplicidad de visiones que, como en Berlín, Londres o



Nueva York, privilegien el desarrollo sobre la reproducción. La historia es tan importante como la capacidad de generar, sobre esa historia, nuevos impulsos creativos. Conservar un lugar semejante no podía entorpecer la transformación que el ritmo de estos tiempos impone. Los espacios destinados a cumplir una función social no pueden ser sometidos a la misma lógica de cuidado que las viviendas. Proa creció con este convencimiento.

Proa, por ende, siempre encontrará en el barrio de La Boca el estímulo suficiente para comprometerse con un crecimiento que garantice actualización y equilibrio entre pasado y futuro. Varios núcleos programáticos son los que animan el trabajo permanente de la Fundación. Proa aspira a seguir con la tradición del arte en la fachada, antes a través de la pintura, hoy por medio de videos, cine y proyecciones en general. Proa buscar seguir alojando también al arte local, a las manifestaciones jóvenes y las prácticas experimentales. Otro desafío es el de ampliar la incursión en nuevas disciplinas, como la música y el teatro. Y desde ya, seguir colaborando con el futuro saneamiento del Riachuelo, y con todo proyecto que apunte a la recuperación de una de las zonas más personales y con mayor identidad de Buenos Aires.

Es importante consignar que Proa organizó, en 1999 y junto al Museo Guggenheim de Nueva York, el Seminario de Museología y diseño, coordinación e implementación de exhibiciones de arte contemporáneo, en una apuesta por incentivar la profesionalización de aquellas prácticas estrechamente vinculadas a su propia misión. Y a partir de 2000, además, Proa organiza, con la Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano y el Banco Interamericano de Desarrollo, los programas especiales de periodismo cultural, por citar dos casos entre los múltiples ejemplos de talleres y seminarios especializados.

Más de 25 publicaciones, entre libros y catálogos, refuerzan la tarea de documentación de la Fundación.

Proa siempre estará unida a los ideales de presencia a largo plazo, compromiso con el desarrollo local y pasión por la calidad y la tecnología de la Organización Techint. La integración, el intercambio de desafíos, el internacionalismo, la voluntad de organizar y compartir el patrimonio cultural de la historia del arte del siglo XX impulsan el trabajo cotidiano de la Fundación. El alto nivel de las actividades y propuestas de Proa son impensables sin el apoyo conceptual y el auspicio permanente de la Organización Techint.